



CUANDO ESTÁ AGOTADO, SE TIRA SOBRE
UNA NUBE Y SE ADORMECE.
DUERME, DUERME, DUERME.
MIENTRAS, COMO HA DEJADO TODOS
LOS GRIFOS ABIERTOS, SIGUE LLOVIENDO
SIN PARAR.

El hombrecillo de la lluvia

Gianni Rodarí

Ilustración de Nicoletta Costa

loqueleo



«Al señor Egisto le cuesta mucho comer. Antes de las comidas, se ata los bigotes sobre la cabeza para despejar la boca.

Atados en la cabeza, los bigotes del señor Egisto parecen dos trenzas.

Al final, los bigotes son tan largos que el señor Egisto se los tiene que guardar en los bolsillos, o no puede caminar.

La mitad derecha va a parar al bolsillo derecho.

La mitad izquierda, al bolsillo izquierdo.

De vez en cuando, el señor Egisto usa sus bigotes para armar paquetes: no hay cordel que resista más. Cuando monta un caballo, los bigotes le sirven de riendas.»



De la A a la Z

Gianni Rodarí

Ilustraciones de Chiara Armellini

loqueleo

«¡Fuera los pulpos gigantes!», ordena mentalmente Rocco. Invisibles a los ojos de todos, pero no a los de los jugadores del Robur, bajan al terreno como once pulpos gigantes, uno por cabeza. Tienen tentáculos de veinticuatro metros de largo, con los cuales podrían triturar a una ballena, arrastrar bajo el agua un trasatlántico y cortar en lonchitas

—como se merece— un submarino atómico. Pero los jugadores inglaprusianos, adiestrados por su mago, les sacan la lengua, y los pulpos, ofendidísimos, se retiran a la nada. En ese momento Brocco I tiene una visión. Se le aparece

Blancanieves, que le pregunta:

—Perdone, ¿ha visto a mis siete enanitos?
Brocco I, asombradísimo,
pierde tiempo en responderle:

—No, señorita,
lo siento. Pero mire que aquí
no se puede estar: se celebra
el partido del milenio.»



Cuentos escritos a máquina

Gianni Rodari

Ilustración de Emilio Urberuaga

loqueleo

«En el planeta Bort vivían muchos fantasmas. ¿Vivían? Digamos que iban tirando, que salían adelante. Habitaban, como hacen los fantasmas en todas partes, en algunas grutas, en ciertos castillos en ruinas, en una torre abandonada, en una buhardilla. Al dar la medianoche salían de sus refugios y se paseaban por el planeta Bort, para asustar a los bortianos. Pero los bortianos no se asustaban. Eran gente progresista y no creían en los fantasmas. Si los veían, les tomaban el pelo, hasta que les hacían huir avergonzados.

Por ejemplo, un fantasma hacía chirriar las cadenas, produciendo un sonido horriblemente triste. Enseguida un bortiano le gritaba:

—Eh, fantasma, tus cadenas necesitan un poco de aceite.»

